

PIEZA TRAGI-COMICA,

TITULADA:

LA ESCOCESA LAMBRUM.

SU AUTOR

DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

P E R S O N A S.

María Lambrum.

Isabel de Inglaterra.

El Conde Enrique Belfort.



El Conde Spark.

El Marqueses Sofolk.

Monteros, Guardias y Cazadores.

La Scena es estable, y se finge en un monte diez leguas distante de Londres.

Selva con arboleda á la orilla del rio; monte transitable; una corpulenta encina á la derecha, debaxo de la qual aparece dormido el Conde Enrique Belfort; choza á la izquierda, con poyo al lado. Al torrerse la cortina sale de la choza María Lambrum, y cüelga una jaula en la puerta: el sol sale por el horizonte. Enrique hace algunos extremos en ademan de que el frio le despierta; tiritita, se encoge, y vuelve á quedarse dormido. Cantan las aves, y se verán revoloteando por el ayre. Atraviesan el monte algunos venados. A lo léjos se oye un Pastor que toca la gayta. Interin todo esto María estará en la puerta de su choza como admirada, y luego dice:

*Mar. ¡Válgame Dios! para el hombre,
para el pez, para la fiera,
para el ave, para todos
envia la providencia
de Dios las luces del día,
menos para mí. Con ellas
salta el pez, se pule el ave,
corre el bruto por las selvas,
y todas las criaturas*

*cobran nuevo ser, y cuentan
un dia mas de placer,
como yo cuento de penas,
un dia mas de dolor:
catorcé años de miserias,
de infortunios y trabajos,
ha sido la recompensa
de la amistad de María
Stuarda... Compañera*

Música, que imite la calandria en un canto triste.

de mis desgracias, qué tienes?
 dímelo; de qué te quejas?
 de mi rigor? Esos ecos
 doloridos son querellas
 que contra mí das al ayte,
 porque pudiendo estar suelta,
 y buscar con tu piquito
 el sustento que te niega
 mi desgracia, de él te privo,
 y te hago de mi indigencia
 participante? me miras
 con ojos tristes? me acuerdas
 mi crueldad? tienes razon:
 anda y busca por las selvas
 lo que yo no puedo darte;
 y ya que tu amiga muera,
 vive tú. En vez de irte,
 me acaricias! Anda, vuela,
 goza de la libertad.
 Mas qué es esto? La desprecias?
 O buen Dios! á los ingratos
 cómo las aves enseñan!
 La colgaré de aquel árbol,
 y me iré, para que pueda *la cuelga.*
 mejor escapar. Un hombre
 tiritando allí se encuentra,
 medio dormido. O si darle
 algun consuelo pudiera!
 Yo le despierto... mas no,
 que fuera darle molestia
 en vez de alivio. Recibe
 de manos de la indigencia,
 infeliz humanidad,
 este homenaje. Qué ideas
 este anciano á la memoria
 me ha traído! Si pudiera
 descubrirle un poco el rostro...
 tiene en la megilla puesta

la mano... veré si puedo quitársela... mas despierta.

Enr. Quién es? *se incorpora.*

Mar. El rostro... la edad... Padre mio!

Enr. Si es quimera... si el deseo me lo finge... no pueden mentir las señas. Hija querida! *le abraza.*

Mar. Señor, quién os condujo á estas selvas?

Enr. Quando he logrado encontrarte, sin duda mi buena estrella. Por ser parcial de Stuarda, he sufrido quantas penas y males la proscripción á un infeliz acarrea: errante, prófugo y vago, perseguido de Isabela, comiendo frutas silvestres, andando de selva en selva, expuesto al calor y al frio, he vivido como fiera catorce años, y si tuve hasta ahora resistencia para sufrir tantos males, ya no me siento con fuerzas para sufrir mas: los años, los achaques, la miseria... si supieras que en tres dias que ha que recorro estas breñas incultas en busca tuya, no he comido mas que yerbas silvestres que me ha ofrecido por vianda la aspereza de estos montes, qué dirias? Aunque tú tambien te encuentras proscripta, y sufres los males que esta desgracia acarrea, has hallado un bienhechor,

un James, que te dispensa el alimento preciso, aunque la ley lo reprueba.

Mar. Es verdad que ese recurso me dexó la providencia en medio de mi desgracia, mas como no es duradera la dicha en los infelices, perdi al cabo su asistencia: me faltó su auxilio.

Enr. Pocos en lo adverso se conservan constantes: cuántos exemplos de esta clase la experiencia me ha hecho ver!

Mar. No confundais á James con la cáterva de amigos falsos, que solo á logro su amistad prestan. Hasta su postrer aliento cuidó de mi subsistencia.

Enr. Conque terminó sus dias?

Mar. Si señor, porque la pena con nadie está bien hallada, si conmigo no se encuentra.

Enr. Quién te asiste?

Mar. El abandono.

Enr. Quién te cuida?

Mar. La miseria.

Enr. Quién te acompaña?

Mar. El dolor.

Enr. Luego en estado te encuentras de no poder socorrerme?

Mar. Ningún recurso me queda, como no os alimenteis de la sangre de mis venas.

Enr. En qué tiempo nuestras almas tuvieron la complacencia de encontrarse! mas supuesto que complacida se muestra

en vernos penar, frustremos muriendo, su complacencia.

Vamos, Maria, acabemos de una vez tantas miserias.

Esos empinados riscos...

Mar. El despecho, padre os ciega.

Enr. Es inútil detenerme...

Se recuesta en un árbol, desfallecido.
ay, que me faltan las fuerzas.

Mar. Padre mio... Cómo es dable que del odio me desprenda,

que reconcentró en el alma el rencor contra Isabela,

al ver que por causa suya no hay pesar que no padezca?

No bastaba porque el odio eterno en mi pecho fuera,

tres lustros de desventuras, de Stuarda la tragedia,

la falta de mi marido, muerto en la cárcel de pena,

que inflamarle mas la suerte con nuevos males pretenda?

Pero entregada al dolor, me olvido de la asistencia

de mi padre: con qué medios, con qué arbitrios... La terneza

me sugiere uno. Padre, por hoy ya la Providencia

nos socorrió.

Enr. De qué modo?

Mar. De mis males compañera, ven á morir, que este pago mi cariño te reserva.

Pero, ó Dios! la libertad admitió: desdicha fiera!

Ya el recurso que tenia, la desventura me niega.

Con la mayor afliccion.

Enr. Muriendo, hija, de una vez.

de una vez los males cesan.

Mar. Pues mutamos.

Se divide de su padre.

Enr. No me niegues
el triste alivio siquiera
de espitar entre tus brazos.

Mar. Ahorradme, padre, esa pena,
que mi corazón no tiene
para tanto resistencia.

He de dexaros morir,
sin que primero yo muera?

O providencia de Dios!
no me abandones... apenas
invoqué su santo nombre,
quando auxilios me franquea:
ello sí que desprenderme
me es forzoso de la prenda
mas exquisita que guardo
en medio de mi pobreza.

Enr. Qué profieres?

Mar. El camino
está detras de esas peñas:
buscaré algun pasagero...

En. María, qué es lo que intentas?
y si á costa de tu honor...

Mar. No pienso con tal baxeza,
ni adopto medios indignos
para hacer una obra buena.

Enr. Qué prenda es esa, que tanto
sientes desprenderte de ella?

Mar. La que en todas mis desgracias
ha dado alivio á mis penas.

Enr. Pero cuál es?

Mar. Ella misma
os dará en breve respuesta.

Entra en la oboza.

Enr. Qué podrá ser? Pero en breve
saldré de estas dudas.

Sale María. Vedla.

Saca el retrato de María Stuarda.

Conoceis este retrato?

Enr. O desventurada Reyna
de Escocia! infeliz Stuarda!
Y qué desprenderte piensas
de esa joya?

Mar. A mi desgracia
mas recurso no le queda.

Enr. Su afable rostro, sus gracias,
quántas cosas me recuerdan!
Pero sabes que el rigor
de la implacable Isabela
se ha extendido hasta en las copias
de esta desdichada Reyna,
castigando con la muerte
al que en su poder las tenga?

Mar. No lo ignoro; pero dicen
que esa ley ya no se observa.
Demás de esto, estas montañas
distan de Londres diez leguas,
y rara vez aquí vienen
los parciales de Isabela.
De Stuarda la memoria
todavía se respeta
entre los buenos Ingleses;
y quando la suerte adversa
mis precauciones burlase,
y diese con gente afecta
á Isabel, y de sus iras
fuese víctima sangrienta;
cumpla, muriendo por vos,
con Dios y naturaleza. *vase.*

Enr. Espera, María, aguarda...
es en vano detenerla,
que en alas del pensamiento
el amor filial la lleva.
Pero el vigor me abandona,
y en la choza entrar quisiera
á descansar. Cielos santos!
esta es guarida de fieras,
ó alvergue? Techos, paredes,

todo respira pobreza [do
y horror. Que habiendo en el mún-
de esta clase de miserias,
sin haberlas socorrido,
se eche á dormir la opulencia!
O buen Dios! Pero estos ecos...

Ecos de trompas á lo léjos.
que escucho á lo léjos, llenan
mi corazon de temor:
Qué podrá ser? De mas cerca ecos.
se escuchan ya; y el temor
crece al paso que se acercan:
sin duda esta es cacería:

Monteros son: hay mas penas!

Ecos, y salen los Monteros por el monte.

Esto es que algun poderoso
de Londres viene á estas breñas
á cazar. Aunque María
en ser vista nada arriesga,
porque del Reyno de Escocia
nunca salió; siempre es buena
la precaucion, todo el monte

*Salen Cazadores, el Conde de Spark, y
el Marques de Suffolk, quienes baxan
al llano, y despues acosados de los
Monteros, atraviesan algunos ve-
nados por el monte.*

de cazadores se puebla:
cortesanos son, no hay duda:
salvarme y salva la es fuerza. *vase.*

Marq. Nunca creí que estos montes
tan poblados estuvieran
de caza mayor.

Cond. No en valde
deseaba tanto la Reyna
venir á ellos.

Marq. Spark,
á no ser por la aspereza
de estas montañas, no habria

sitio en que la complacencia
de Isabel mas se llenara
como este en toda Inglaterra.

Cond. Para evitarla el trabajo
de trepar por estas breñas,
mientras la doy el aviso
de la caza que hay en ellas,
dispondrás que los Monteros
la lleven por esa senda
que baxa al llano. *vase.*

Marq. Apruebo
tu resolucion, y vuelvan
de los venatorios ecos
á repetir las cadencias.

*Repiten los ecos, y se van desapare-
ciendo los del monte.*

Ya van baxando; veré
si alcanzo á ver á Isabela
desde este ribazo.

Sale Mar. Nadie,
nadie encuentro que me quiera
este retrato. Del triste
bien dicen que se desprecia
hasta la memoria: un hombre
de los que el monte penetran
cazando, está allí parado.

Marq. No se alcanza á ver la Reyna,
y es preciso.

Mar. En caridad,
para que de hambre no mueran
dos infelices, quereis
comprar, Señor, esta prenda?

Marq. Qué viene á ser?

Mar. Un retrato
de una infelice belleza.

Marq. Como sea tuyo, al punto.

Mar. Pues no lo es.

Marq. Mucho me pesa,
porque me quitas el gusto
de adorar en él tus prendas.

Mar. Si supiera, aunque no es mio,
que le comprabais con esas
ideas, de ningun modo,
no obstante que mi mal llega
á lo sumo de los males,
mi pobreza os lo vendiera.

Marq. Que con la pobreza unida
vaya siempre la soberbia!

Mar. No es soberbia, no, la mia;
es honradez; pero vuestra
alma no es capaz de nada
que se oponga á la grandeza
con que ha nacido, y así
os pido con todas veras,
que deponiendo las burlas,
os dolais de la miseria
de una infeliz, que humillada...

Marq. Quitate de mi presencia. *vase.*

Mar. Que yo sufra estos ultrages....
cómo en esto se comprueba,
que no siempre el poderoso
prodiga el bien con la idea
de hacer bien! Quántos dedican
una parte de sus rentas
en favor del infeliz,
que este tributo no dieran
á la virtud, si en sí misma
quedara oculta esta buena
obra, pues lo mas del bien
se hace para que se sepa.
Pero no está aquí mi padre:
ha visto gente en la selva,
y se habrá entrado en la choza;
pero por una vereda
viene una muger cazando:
si vendrá á aliviar mis penas?
A eso vendrá, porque el alma
se ha regocijado al verla;
pero viene tan causada...
voy mi cabaña á ofrecerla.

Sale Isabel con escopeta.

Isab. Es inútil perseguir
esta ave; su ligereza
ha burlado mi esperanza.

Mar. Ahora, corazón, recelas?
Qué temes? Qué te acobarda?
María, por qué no llegas?

Isab. A nadie veo, y perdida
me encuentro en aquestas selvas.
Descansaré un breve rato,
y despues veré si en ellas
encuentro alguien que me guie:
pero detrás de unas peñas
veo una muger dudosa,
Qué dudas? de qué recelas?
temes que yo te haga daño?

Mar. No señora.

Isab. Aquí qué llevas?

Mar. Una alhaja, que he salido
á ver si hallo quien la quiera
comprar, para socorrer
de mi padre la pobreza;
y aunque en mucho la estimaba,
me es fuerza en poco venderla.

Isab. Qué viene á ser?

Mar. Un retrato.

Isab. Tan infelice te encuentras,
que no tienes otra cosa
que vender?

Mar. Si yo os dixera...

nada, nada: yo no sé
por qué el corazón recela.

Isab. Qué tienes? Explicáte.
para aliviar tu miseria
me trajo el acaso aquí.

Mar. Qué es lo que decís?

Isab. Desecha
el temor, que yo el retrato
te compraté, como sea
de mi gusto.

Mar. Fue infeliz
su original, y estoy cierta
que no os gustará.

Isab. Pues cómo?

Mar. Yo lo digo, aunque me pierda,
como es de Stuarda.

Isab. Finjamos,
y apuremos la materia. *ap.*
En favor de este bolsillo,
por mio el retrato queda,
que aunque la Reyna Isabel
no consiente que se tengan,
burlaré su vigilancia
por medio de la cautela.
Por encontrar su retrato
son muchas las diligencias
que he practicado.

Mar. Segun
eso, sois de Stuarda afecta.

Isab. Y mucho.

Mar. Si de mi padre
la necesidad no fuera
tan grande, y que es necesario
ir á buscar quien me venda
algun sustento, con vos
desfogaria mis penas,
y os contaria los males
que ese monstruo de Inglaterra
me hace pasar: mas de paso,
no obstante que la asistencia
de mi padre me insta tanto,
os diré como esa fiera
me hace sufrir los rigores
que sufren quantos respetan
la memoria de Stuarda:
prófuga por esas selvas,
sufriendo los intemperies
de los tiempos; de la pena
y el dolor acompañada;
probando quantas miserias

7
puede inventar la desgracia,
vivo muriendo por ella
catorce años ha: y no es eso
lo que mas contra Isabela
me irrita, me enciende en ira,
me inflama en ódio y fiereza.

Isab. Pues qué, dílo?

Mar. De dolor
murió en la prision estrecha
mi marido, el mismo día
que dexó escrita Inglaterra
en sus anales, con sangre,
la lastimosa tragedia
de Stuarda. Esta desgracia,
añadida á las violencias
de esta cruel muger, de suerte
emponzoñó la fiereza
de mi corazon, que un punto
la venganza no me dexa
sosegar: y pues que el sitio
y vuestro favor me prestan
su proteccion, escuchadme.
Es el ódio que profesa
mi corazon á Isabel
tan voraz, que hasta que vea
regar con su impura sangre
de Londres todas las piedras,
no he de parar: este tiempo
vendrá, y yo la complacencia
tendré de lavar mis manos
con su sangre, de beberla,
de embriagarme, y de aplacar
todo mi rencor con ella.

Isab. Para sufrir sus ultrages,
me falta la resistencia. *ap.*
Cómo... Reportarme quiero.

Mar. Parece que mis querellas
os disgustan.

Isab. No por cierto.

Mar. Si sois parcial de Isabela,

y reprobais mi rencor,
 declaradla mis ideas,
 que en el estado en que me hallo,
 nada importa que las sepa.
 Puede hacer mas que quitarme
 la vida?

Isab. El dolor refrena.

Mar. En el estado en que me hallo
 nada me importa perderla.

Isab. Me da envidia su constancia.

Mar. Vos estais algo suspensa:
 vos no aprobais mi conducta.

Isab. Como sé las preeminencias
 de los Reyes.

Mar. Sé el respeto

que se debe al que en la tierra
 manda por Dios; no lo ignoro.

Isab. Pues sabiéndolo, debieras
 hablar de ellos con mas tino.

Mar. Todo el rencor lo atropella.

Isab. Con el freno del talento,
 las pasiones se refrenan.

Mar. Yo estoy ciega de furor.

Isab. A Dios, y el furor modera.

Mar. Vos vais de mí resentida.

Isab. Enséñame la vereda
 que va al camino.

Mar. No sois,
 como dixisteis, afecta
 á María.

Isab. Su retrato
 comprara si no lo fuera?

Poco estimo yo esta joya!
 Bien se ve que el odio ciega.

Mar. Pues Señora, perdonad.

Isab. Vive de mí satisfecha.

Pero á Dios, que ya la gente
 que me acompaña, se acerca.

Ecos á lo léjos.

Mar. El Cielo os pague el favor.

*Isab.*Cuál es tu cabaña?

Mar. Aquella.

Isab. En breve volveré á verte.

Mar. Yo os estimo la fineza.

Isab. Ah infelice, que no sabes
 que soy la misma Isabela! *Gas.*

Mar. Esta muger... Esta gente...

pero esto es una quimera:
 si no estimara el retrato,
 tan liberal no anduviera
 conmigo, ni este bolsillo
 con tanto oro, en recompensa
 me hubiera dado, no hay duda:
 ella es de María afecta.

De esta ventura á mi Padre
 voy á dar al punto cuenta.
 Padre y Señor? No respondes
 si acaso la decadencia...

Entro á registrar la choza,
 para borrar mis sospechas.

Entra en la choza.

Sale Enr. En vano para encontrarla
 he recorrido la senda
 que va al camino. Del pecho
 los temores se acrecientan
 mas y mas con estas gentes
 que estas malezas penetran.
 Veré si ha vuelto á la choza.

Mar. Ay de mí, que no está en ella!
Saliendo.

Enr. María?

Mar. Ved los efectos

Sale, y le enseña el bolsillo.
 de la sábia Providencia.

Ya ha atendido nuestros males.

Enr. Qué dices?

Mar. Que estas monedas

una benéfica mano
 me ha entregado, en recompensa
 del retrato.

Enr. Y si te vende?

Mar. De su bondad estoy cierta,
y estoy cierta...

Enr. Pero calla,
que ruido en el monte suena:
ven á la choza. Buen Dios,
quándo acabarán mis penas!

*Salen por el monte Isabel, el Conde,
el Marques, Monteros y Guardias,
y van baxando al llano.*

Isab. Esa es su choza.

Cond. No entiendo
los designios de la Reyná.

Isab. Veremos si el mismo orgullo
manifiesta en mi presencia.

Marq. Ha de la choza.

Cond. Parece
que no hay nadie dentro de ella.

Marq. Abran, digo.

Isab. Si no abren,
echad abaxo la puerta.

Mar. Quién es? Retiraos, padre.
Entre abriendo.

Cond. Salid, ó nuestra fiereza...

Mar. Soltadme, digo: quién me
busca?

Isab. El monstruo de Inglaterra:
la fiera Isabel. Parece
que te turba mi presencia.
Conoces este retrato?
Respóndeme. Por qué tiembles?
Fixas en mi comitiva
la vista? Entiendo tu idea.
Retiraos.

Marq. Reparad...

Isab. Conmigo mi valor queda.
Se retiran.

Porque no digas jamás
que se ha valido Isabela,
para confundir tu orgullo,

de la autoridad suprema,
he mandado retirar
la comitiva, que á mengua
tendria mi noble esfuerzo,
que en el mundo se digera,
que habia quien se atrevia
á competir mi entereza;
solas estamos; ninguno
puede frustrar tus ideas;
muger eres, muger soy;
junta toda tu fiereza,
todo tu rencor convoca,
y contra Isabel le emplea;
vierte mi sangre, pues tanto
verla vertida deseas;
derrámala. En qué reparas?
Por qué no rompes mis venas,
y tus sacrílegas manos
de sangriento humor te llenas?
Purificalas; salpica
de Lóndres despues las piedras,
bébela; tu sed apaga,
y embriágate con ella.
Pero ay de tí; si te atreves
á armar contra mí la diestra!
no me valdré del poder
para castigar tu idea,
sino solo del valor
que en mi corazon se hospeda,
haciéndote mas pedazos
que tiene el empireo estrellas.

Mar. No hay duda, el poder divino
guarda las personas regias.

Isab. Qué dudas? la enormidad
del delito consideras?
ó meditas el castigo
que te impondrá mi entereza?
Habla: por qué no respondes?
te echas á mis plantas regias?
qué quieres?

Mir. Si os he ofendido,
aquí teneis mi cabeza.

Isab. A no mirar que eres... Ola;
Salen todos.

llevad esa muger presa.

Cond. Ofendió vuestra persona?

Isab. Preguntárselo á ella mesma.

Marq. Venid, pues.

Mar. Pues qué, pensais
que si respeté á la Reyná,
respetaré sus sequaces?
Son débiles vuestras fuerzas
para separarme un punto
de este sitio: sino, vengan,
vengan á probarlo quantos
quieran probar mi entereza.
Llegad.

Cond. Frustrémós su atrojo,
apelando á la violencia.

Mar. Inhumanos...

Marq. A la choza
quieres ir? En vano intentas
desasirte.

Cond. Con sus ojos
manifiesta que se dexa
su corazón en la choza.

Marq. Entrad á reconocerla.

Mar. Ay padre mio!

Entra un Montero á registrarla.

Mont. Este anciano
hemos encontrado en ella.
Saca á Enrique.

Cond. Quién sois vos?

Enr. Bien recelaba
el corazón: hay mas penas!

Marq. Quién sois, pues?

Enr. Un desdichado.

Cond. Cómo os llamais?

Enr. Mi respuesta
no os lo ha dicho?

Marq. Yo conozco
esta voz: todas las señas...
Sois el Conde de Belfort?

Enr. El mismo soy.

Mar. Dura estrellá!
Y yo su infelice hija.

Cond. Id á dar parte á la Reyná
de lo que pasa. Belfort,
vase el Marques.

por proscripto de Inglaterra,
debo aseguraros.

Enr. Nada
le acobarda á mi entereza.

Mar. Padre amado!

Enr. Hija querida!
Si es esta la recompensa
que el mundo da á las virtudes,
qué dará al vicio? Ya pruebas
de tu poca precaucion
las fatales consecuencias.

Mar. Debía yo consentir
que fueseis víctima fiera
de la hambre?

Enr. Mejor sería.
Salen Isabel y el Marques.

Isab. Ya de todo quedo impuesta.
Conque el Conde de Belfort
se ocultaba en estas peñas?

Enr. Sí, Señora, que la suerte
le conduxo á estas miserias.

Mar. Por vos su infelice hija
las mismas desdichas prueba.

Isab. Vos, Belfort, habeis faltado
á la ley que tengo impuesta,
y sufrireis el castigo,
á que la ley os condena.

Mar. Veis si es con razon el odio
que el corazón os profesa?

Enriq. Calla, María.

Isab. Que nada

baste á aplacar su soberbia!

Mar. De una muger despechada
nada aplaca la fiereza.

Isab. Que el teson de esta muger,
competir el mio quiera!
Acércate. Retírad
á Belfort.

Enriq. Hija contempla (le retiran.)
mi situacion y la tuya:
con la Reyna no te excedas.

Isab. Sin salir de estas montañas
quiero probar tu entereza.
Culpada de tres delitos
á mi vista te presentas:
tú estás proscrita del Reyno,
y en el Reyno te se encuentra,
contra mi expreso mandato,
el retrato de la Reyna. *vase.*

Mar. Señora, ya que mi muerte
satisface las ofensas
hechas á vuestro decoro,
mi amor por un padre os ruega.
Os retirais hácia el monte
sin escuchar mis querellas?
Me dexais sin atenderme?
No siento entre tantas penas
mi muerte; siento el desprecio;
siento la desdicha fierá
de mi padre. Qué aguardais
que no cebais la fiereza
de vuestro acero en mi pecho?
Llévadme, pues, donde tenga
el doloroso consuelo
de morir. Qué os amedrenta?
Arbitra de mi castigo
me ha dexado vuestra Reyna:
yo me he sentenciado á muerte,
conque cumplid mi sentencia.

Sale el Conde.

Cond. Aquí teneis el castigo

que ha decretado Isabela;
leedlo, pues.

Se retira.

Mar. Qué he mirado!
tanta bondad no creyera
en Isabel. Esto mas...

Saca á Enrique.

Cond. Llegad, y abrazad á vuestra
hija.

Mar. Padre! qué es aquesto?

Enr. Que me perdona la Reyna.

Mar. Y á esto añade su bondad
este decreto, en que dexa
libres todos nuestros bienes
confiscados.

Enr. Quién creyera
tal virtud!

Mar. Que no me corra
de rabor al ver las pruebas
que me da de compasion!
Cómo pagarla pudiera
tanto favor? Ya hallé modo.

Enr. Pero Isabel... á sus régias
plantas vamos á postrarnos.

Los dos Señora...

Sale Isab. Alzad: vuestras rentas,
vuestras vidas disfrutad,
que así se venga Isabela.

Mar. Admitir toda la gracia,
de la gracia abusar fuera.
Señora, yo me conozco,
y conozco la fiereza
de mi corazon; y aunque
aplacada ahora la dexa
vuestra piedad, la memoria
de las pasadas tragedias
puede volverla á excitar.
No estoy bien en Inglaterra;
y si quereis que el favor
que os he debido agradezca,
hacedme llevar á España:

esto os pido en recompensa
de vuestra piedad.

Isab. Tu aviso,
fuera en despreciarlo necia;
vamos á Londres.
De Escocia fiel conservabas;
tú con voces descompuestas
has ultrajado el decoro
de mi autoridad suprema:
cada uno de estos delitos
es acreedor á la pena
capital; mas pues pretendes
competirme en entereza,
veremos la que ahora tienes
en decretar tu sentencia:
su fallo queda á tu arbitrio,
mas primero considera
quién eres tú, quién soy yo,
tu atrevimiento y mi ofensa.
Qué castigo tu constancia
á tus delitos decreta?

Mar. Me habeis hecho esa pregunta
como Juez, ó como Reyna?

Isab. Como Reyna.

Mar. Siendo así,
me perdono yo á mí mesma.

Isab. A Dios: pero aguarda un poco.
Qué seguridad me dexas
de que puedo estar tranquila
del rencor que me profesas?

Mar. Libertad á tanta costa,
mi corazón la desprecia;
y así como Juez mi esfuerzo
á la muerte me sentencia.

Isab. No he visto teson igual:
su constancia me avergüenza.

Mar. Llevarme á morir.

Isab. Muy bien:
un instante aquí te espera.

Enr. El Cielo
guarde vuestra vida excelsa.

Mar. Vamos, Padre; mas qué veo!
Ya volvió mi compañera:
pues tuviste parte siempre
en mis desgracias acervas,
ven á tener parte ahora
de las dichas que me esperan.

Se lleva la jaula.

Se hallará esta y las siguientes Comedias en un acto, en Valencia, en
la Librería de Joseph Jorge, calle de la Purísima, y en su
puesto, plaza de la Lonja.

Semíramis, Reyna de Babilonia.

Asdrúval.

Marco Antonio y Cleopatra.

Hércules y Deyanira.

El Amor constante.

El Idomeneo.

Areo Rey de Armenia, ó la Elicene.

El Triunfo del Amor.

Cadma y Sinoris.

La paz en la mayor guerra.

El Esplin.

El mayor Rival de Roma, Viriato.

Séneca y Paulina.

El Atolondrado.

La Señorita displicente.

Y otras muchas de varios títulos.

Con licencia: En Valencia, en la Imprenta del Diario.